

nes, motivos imposibles para los estímulos y necesidades de su oratoria! Muchas, numerosísimas veces, reconviniéndole por lo huído que andaba del Parlamento, donde su voz apenas había resonado desde su famoso discurso del 7 de Febrero de 1888, nos decía: «Ya no hay grandes temas y no puede haber grandes oradores; la abolición de la esclavitud, la libertad religiosa, la enseñanza libre, el servicio obligatorio, el sufragio universal..., todo lo hemos agotado.» Por eso, cuando vió deshecha la patria, perdida aquella diadema de soles que tantas veces ensalzara en sus discursos, y solamente motivos de vergüenza y humillación ante su examen, su alma debió comprender que para tamañas desventuras no había orador posible y valía más no ser, y enmudeció por siempre, porque ya no eran solamente los grandes temas los que le faltaban, era la patria entera, es decir, era su vida!

Por si no bastaba esta consternación mortal del gran patriota, para amargar los dos últimos años de su vida, vino á herir sus vanidades de hombre aquel censurable abandono y desdén con que políticos dominantes trataron á las veces sus intereses personales. Si una larga vida de luchador político no le hiciera penetrarse de la mucha razón con que se dice que la política no tiene entrañas, la declinación de su existencia pudo convencerle de que no ya entrañas,

pero ni memoria, ni virtud alguna, hay que buscar en campo donde todo se subordina á los intereses y exigencias del día.

Disgustado con su distrito, Huesca, y con su fiel y caballeroso amigo D. Manuel Camo, por caprichosas diferencias que no interesa juzgar aquí, ni siquiera exponer, se vió sin distrito, y á punto de no poder tomar asiento en el Congreso. Puigcerver le ofreció el puesto de la oposición que en la circunscripción de Murcia yo dejaba por enemigas que me creara mi actitud correcta en el nauseabundo negocio de las quintas de 1898, que padeció este distrito; pero, vacilante en su resolución por sus doloridos enojos, hubo de negarse en el primer momento á presentar su candidatura. Nuevas instancias por parte de amigos cariñosos de Murcia, alguna mayor serenidad en sus juicios, y la convicción de que él no podía, ni debía carecer de representación en Cortes, le indujeron en definitiva á solicitar el puesto que había rechazado; y ya entonces, como si fuera un mozalbete insignificante, cuyas indecisiones había que castigar con el desdén, se lo negó todo el partido liberal. Miguel Moya, que pasaba á representar el distrito de Fraga, vacante por aceptar Camo el de Huesca, y yo, que renunciaba á toda lucha en Murcia, cuyo puesto me correspondía en sano y honrado derecho político, por haberle represen-



tado en dos oposiciones, aunque nada habíamos hecho para inclinar su voluntad á favor de esta representación, nos creímos ya obligados como amigos, admiradores y correligionarios, á luchar por este hombre, á no desatenderle en su legítima aspiración y á impedir que la muerte, que veíamos muy cercana, le sorprendiera en la vergüenza nacional de que el orador incomparable de una raza, y la más acrisolada gloria del Parlamento español, falleciera sin que su nombre apareciese entre la lista de los diputados actuales. Las amarguras, las aficciones, la indignación y los desengaños por que pasamos entonces muchos amigos de Castelar no son para narrados. Yo advertía con insistencia á todos, y muy singularmente á mi jefe Sagasta, que Castelar ya no ocuparía asiento en el Congreso; que la muerte se cernía sobre él y le arrebataría pronto, y que se trataba no más que de proporcionar una postura al gladiador inmortal para que cayera airoso y consolado, y sin dejar un motivo de remordimiento á la nación y á los partidos, á quienes se lo había dado todo, y... ¡nada! ¡no fuimos escuchados Moya ni yo!

En nuestra peregrinación para solicitar y proporcionarle elementos de lucha, tuvimos, al lado de inesperados desvíos, consoladoras atenciones. Pi, Salmerón y Azcárate, que mantenían de antiguo con él gravísimas diferencias, las

cuales juzgará la historia, dando á cada uno la razón que proceda, olvidaron sus resentimientos y aconsejaron á sus amigos ayudasen al gran tribuno; y en cambio otros que le debían respetos, servicios y consideraciones, le rechazaron, y Castelar sufrió los más acerbos disgustos que le vimos padecer nunca, porque pudo comprender en su desesperada contienda electoral toda la soledad en que sus abstenciones le habían dejado. La política es una lucha implacable, y, como sucede en los campos de batalla, cuando cae un combatiente, por soberano y glorioso que sea, se le retira y se le reemplaza, y Castelar estaba ya muerto, porque era un abstenido; y en política tanto monta ser lo uno como lo otro.

Los dos días que mediaron entre la elección y el conocimiento del resultado, fueron de inquietud y desesperación indecibles. Se incomodaba con todos y por todo; se consideraba deshonrado y escarnecido; nos reconvenía á cuantos habíamos intervenido en su elección, de una manera ó de otra, por haberle puesto en aquel trance; deploraba no haber aceptado el ofrecimiento que le había hecho Rodríguez de la Borbolla de su distrito, y pasó largos días por la última y más grave tempestad moral que sufrió durante los últimos años de su existencia. Su triunfo, proclamado al fin, serenó aquella honda agitación, y dió algún alivio á su pobre espíritu



impresionable y atormentado con sensibilidades morbosas.

## VIII

Estas inesperadas y molestísimas desconsideraciones le ofendieron tan vivamente, que su ánimo sintió arrebatos de pelea; bríos juveniles enardecieron su alma; el reposo, la serenidad y la prudencia adquiridos en las terribles pruebas del poder, se nublaron, y en su lugar apareció el encono, con sus llamadas á la violencia, y sus esperanzas en nuevas formas de gobierno, y en otros distintos y más atentos hombres, y así sucedió que cuando los republicanos, apercibidos de aquellos síntomas de cambio, le dirigieron su mensaje firmado por cien mil españoles, Castelar redactó su famosa contestación proponiendo la concentración republicana, que había muchas veces rechazado, postrero documento político, que con voz insegura y cuerpo aniquilado, pero con inteligencia muy firme y ánimo muy resuelto, leyó la noche del 5 de Mayo, señalando con energía nuevos destinos á la nación y orientaciones de esperanza á los hombres de buena fe ya desalentados y vencidos.

En la agonía todavía este hombre extraordinario produjo con su actitud una impresión profunda en los partidos monárquicos y republi-

canos; los ilusos y equivocados creyeron que podría abrir otro período brillante de actividades políticas, y así lo creyó también Castelar, quien se sentía apóstol y deseaba hablar, dirigirse á las regiones, conmover las muchedumbres, esparcir el fuego sublime de la oratoria que flameaba otra vez en su cabeza y le inducía á concebir discursos magistrales para la creación de una nueva España. ¡Ilusiones como las de los tísicos que se avecinan á la muerte! ¡Resplandores y llamaradas de luz que se apaga! Así cuando los amigos me preguntaban, curioseando mis esperanzas, respondía siempre con sonrisa amarga: Esa contestación al mensaje republicano es su canto de agonía; un testamento político que nadie realizará. Ya no hay hombre, y con él muere todo lo suyo fatalmente.

¡Así tenía que suceder, y sucedió!

Cada día que pasaba estaba peor; los amigos veíamos que se nos iba; su médico Huertas y yo, hablábamos de su situación desesperada; el tiempo en Madrid era el de una primavera cruda y fría, y decidimos aprobar la salida que le aconsejaban sus amigos á Pinatar, en Murcia, para ver si las ovaciones de los electores, la dulzura del clima y la belleza de los panoramas, mejoraban las condiciones de vida física y moral de un organismo siempre tan identificado con la naturaleza.



## IX

El viaje, en el cual le acompañamos Moya y yo, se hizo bien; pero cuando los correligionarios y admiradores salían á las estaciones para saludarle, todos recibían dolorosísima impresión, y se retiraban diciendo: ¡es un cadáver!

Por ser mala primavera aquella, en todas partes, ni en el Sudeste de España encontramos el tiempo igual y suave que necesitaba su cuerpo delicado. Sin embargo, Castelar gozó mucho viendo el Mediterráneo, el Mar Menor, las palmeras, los huertos, las salinas de Pinatar y los numerosos amigos que de aquella comarca acudían á saludarle. Los seis días que allí vivió los pasó contento; habló, recitó, paseó, se embarcó y mostróse muy alegre y esperanzado de obtener su reposición.

Cualquier incidente ó contratiempo podía acabar con él; en el fondo de un bienestar engañoso que le permitía aparecer el Castelar de siempre, y aun animar, como en su casa, la espléndida y concurrida mesa que le ofrecía la hospitalidad solícita de la familia de D. José Servet, había constantemente la amenaza de una próxima é inevitable desgracia. Miguel Ferrero, médico de Pinatar, aceptaba con espanto la responsabilidad en que le habíamos compro-

metido; y con efecto, en pleno vigor intelectual, haciendo pocas horas que había redactado sus últimas cuartillas, casi en el descanso de un paseo que hiciera el día anterior, atribuyéndose, con razón ó sin ella, su recaída á un leve enfriamiento imposible de evitar, no más hizo que inclinarse del lado de la muerte aquella balanza de la vida, puesta tan en su fiel que bastaba un leve soplo para que se venciera. Sobrevino el desfallecimiento cardíaco temido, la asistolia mortal, y entonces, sin agonía, con dulcísima calma, sin padecer ni descomponerse nada, como pájaro que cesa de cantar y expira, por lenta resolución de una existencia que se disuelve en la nada, ó se sume en el reposo de un sueño eterno, exhaló el último aliento.

Las circunstancias de su muerte parecieron escogidas conforme á sus deseos ¡tantas veces expresados en escritos y discursos! Falleció el 25 de Mayo de 1899, es decir, en el mes de las flores, el consagrado á la Virgen María, esa divinidad conmovedora que muchas veces había invocado cuando declamaba sus cantos á la patria. Fué en suelo de su adorada España, en paradisiaco lugar levantino, entre Cádiz, al Sur, donde nació, y Alicante, al Norte, donde pasó sus infantiles años; á la hora del medio día, cuando el Sol cruzaba por el cenit y resplandecía con más fuerza de luz y calor; á la vista de su



querido Mediterráneo, el mar de las civilizaciones heleno-latinas, el «que guarda en cada ola un recuerdo gloriosísimo de las hazañas españolas»; contemplando los campos alfombrados de cereales y florestas en su mayor galanura, que embalsamaban el ambiente con penetrantes aromas; entre bosques de palmeras, olivos y naranjos, que simbolizaban la vegetación de sus idolatradas comarcas semíticas; acompañado de amigos leales y de unas benditas mujeres, jóvenes, quienes por su belleza, bondades y ternuras, parecían mensajeras angelicales de los cielos por él soñados, respirando todo una placidez y sosiego de la Naturaleza entera, á la cual devolvía sereno y feliz, como depositario honrado que devuelve tesoro que un día se le confiara, el grandioso símbolo del verbo humano, con cuya encarnación más portentosa le había favorecido la Providencia.

Temperamento ateniense por excelencia, verdadero místico de las proporciones y la armonía, las cuales le subyugaban como hace muchos siglos pudieran dominar al más elegante contemporáneo de Pericles, ni en el trance de su muerte le ganó desagradable compostura. Dióse á los tristes cumplimientos del fatal destino viviente, como exhibiendo un testimonio más de su cesárea y privilegiada sublimidad. Así podía advertirse que fueron su agonía y su

muerte uno de los párrafos más delicados, sentidos y armoniosos del grandilocuente discurso de su existencia; y que la naturaleza vistióse con galas poéticas para recibirle en el deslumbrador escenario de uno de sus más rientes panoramas heleno-latinos.

Y ahora, lector estimable, instruye y deleita tu espíritu con los siguientes fragmentos, que deben andar en manos de todo el mundo: de los niños, en las escuelas de primeras letras, para que formen su alma en santo culto á la patria; de los hombres, para que redoblen las energías cívicas de su españolismo; de las mujeres, para que beban ternuras en manantiales copiosos de exquisitos sentimientos; de los pueblos, para que exalten su historia y la razón primera de su vida nacional, y de todos para edificación y embeleso del alma humana, con la idea y la música de los incomparables y arrobadores párrafos.

Madrid 27 de Diciembre de 1901.

ÁNGEL PULIDO.